SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 1º DE ABRIL DE 2007

Turismo 12

TRAVESIAS POR EL NOROESTE

De Iruya a Nazareno, en el límite con Bolivia, un trekking por los coloridos cerros del norte argentino.



Un bucólico descanso junto al río bajo el tibio sol del otoño.



Servicios fluviales. Hay varias lanchas almacén que van de muelle en muelle vendiendo sus productos.

POR JULIAN VARSAVSKY

TIGRE *Hosterías, paseos y restaurantes*

Delta otoñal

Tan cerca de Buenos Aires y tan distintas, las islas del Delta son una excelente opción para una escapada cuando empieza el otoño y la vegetación atenúa sus verdes para dar paso a los tonos dorados y rojizos. Un recorrido por ríos y arroyos y un informe sobre hosterías y restaurantes.

Desde que el hombre blanco colonizó las islas del entonces Partido de las Conchas, en el siglo XIX, la ancestral vida en el Delta sufrió diversos cambios. Los primeros habitantes fueron los guaraníes, quienes se las ingeniaban para vivir en paz sin modificar demasiado el ambiente, hasta que fueron desplazados por los inmigrantes europeos y criollos. Estos trajeron su bagaje cultural, incluyendo sus gustos por determinados árboles y plantas que introdujeron en el lugar. Además de desplazar a los nativos, los colonos exterminaron a los yaguaretés y al ciervo de los pantanos, y gran parte de la vegetación autóctona.

Hoy en día, al recorrer el Delta con la mirada atenta en la vegetación se descubren plantas tan exóticas como el papiro egipcio –que se reconoce por su plumerillo en la punta y un fino tallo–, el mismo que usaban los faraones para escribir en el delta del Nilo. De Nueva Zelanda se trajeron plantas como el formio; de Europa, la madreselva, de Japón la ligustrina –hoy convertida en plaga–, y de la cadena del Himalaya llegó el sauce llorón, incorporado al paisaje argentino como si fuera del lugar.

El paisaje original de las islas se modificó casi en su totalidad, especialmente en las zonas que se explotaron comercialmente. Una de estas especies invasoras es el mimbre, originario de Tailandia e introducido por Sarmiento luego de descubrirlo en los mercados de París. También hay especies misioneras como la planta de caraguatá, utilizada por los guaraníes para confeccionar su ropa. Pero quedan algunos árboles autóctonos como el laurel y la alcanforera.

El Tigre tuvo sus épocas de oro como productor de toda clase de frutas y llegó a convertir a la Argentina en el segundo exportador mundial de mimbre. Y a principios del siglo XX fue el reducto veraniego de la oligarquía porteña. Hoy, las islas tienen una población de unos 6.000 habitantes, acaso una cifra ideal para mantener al Delta como un mundo aparte cercano a la gran ciudad, con otras necesidades y otro modo de vivir.

El tigrense tiene una relación especial con el agua. Su existencia determina todo y es un obstáculo para muchas cosas. Es fuente de incomodidades pero también la razón esencial del encanto de las islas. El enemigo mayor para el poblador son las crecidas, las sudestadas del Río de la Plata que desbordan a su afluente, el Paraná. Las intemperancias del agua han hecho a los isleños muy unidos entre sí, aunque más no sea por imperativo de la necesidad. La lancha-basurero, por ejemplo, se contrata entre grupos de vecinos para abaratar los costos de la recolección. También se juntan entre varios para hacer las compras de manera comunitaria, aunque disponen también de un servicio de lancha-almacén que atraca con un bocinazo en los muelles donde se ha colocado un bidón vacío de agua o una bolsa de plástico. Entre las particularidades de este submundo que fluye están la lancha taxi, la ambulancia y también delivery de pizza. Hasta hace pocos años hubo un banco flotante e incluso una iglesia que se mecía sobre las aguas –donada por un empresario naviero–, que dejó de funcionar en 1952. La iglesia tenía capacidad para quince feligreses, una sacristía, comedor y cinco camarotes para el sacerdote y la tripulación. Hoy en día, su elevada cúpula de madera rematada con un Cristo en la cruz decora el destacamento de policía en la confluencia de los ríos Paraná de las Palmas y Carapachay.

Entre las historias flotantes de Tigre está la de la Escuela Nacio-

HOSTERIAS, RESTAURANTES Y PRECIOS

Tres Bocas. Un punto para hacer base en esta zona es la hostería Puerto Carpincho, inaugurada hace dos años a orillas del arroyo Abra Vieja, con pileta y sala de masajes. Para subrayar su perfil de reposo inclinado a la lectura, esta hostería sólo admite huéspedes mayores de 16 años. De lunes a viernes la habitación doble con desayuno cuesta $ 210. Los sábados desde la mañana hasta el domingo a las 19, la doble cuesta $ 380. Muy cerca de Puerto Carpincho está el restaurante La Riviera, sobre el río Sarmiento, donde parte de las mesas están en una terraza de madera sobre el río. El edificio principal, funcionó hace 65 años como una fonda y almacén, cuyo mostrador de cedro aún se mantiene en uso. En La Riviera la especialidad son las pastas y toda clase de minutas. Los raviolones de lomo con salsa de crema de echalotes cuestan $ 18, mientras que un lomo mechado relleno con hongos, envuelto con panceta y masa hojaldrada al horno con papas noisettes y echalote glaseado cuesta $ 22. Los fines de semana se sirve también parrilla libre ($ 25 por persona), y otras alternativas son las costillitas de cerdo con puré de manzana ($ 18) y tallarines al tuco o al pesto ($ 10).

En el arroyo Antequera. A una hora desde la estación fluvial y a 4 kilómetros del Paraná de las Palmas, la hostería y restaurante Bosque de Bohemia es una alternativa tanto para dormir como para pasar el día a orillas del poco transitado arroyo Antequera. En total hay siete habitaciones con vista al río o al parque posterior, ubicadas en el primer piso de un edificio construido por un alemán en la década del ’40, que desde un principio funciona como hostería. En la parte delantera de la hostería hay un parque arbolado con pinos, robles, palmeras y papiros, a cuya sombra están las mesas para almorzar. Atrás hay otro parque con un bosque de álamos y una pileta con reposeras. Las habitaciones tienen aire acondicionado, calefacción y Direct TV. Los almuerzos de fin de semana son con un menú buffet de ensaladas y quesos, y un asado. Para la cena y entre semanas hay una carta que incluye tostadas catalanas horneadas con ajo y aceite de oliva, jamón crudo tibio, tomate y crema reducida ($ 16). Una tabla de quesos y fiambres cuesta $ 22 (para dos personas), un pollo al champignon $ 23 y unos *tagliatteli spinacci* $ 13. El alojamiento desde el sábado a la mañana hasta el domingo a las 18 horas cuesta $ 360 la habitación doble con media pensión ($ 260 la doble en fin de semana, con media pensión). Tel.: 4728-0053 *www.bosquedebohemia.com.ar*

A orillas del Capitán. En la confluencia del río Capitán y el arroyo Toro –a 50 minutos de la estación fluvial– está el restaurante Paso del Toro, una alternativa algo más económica que otros lugares de Tigre, que ofrece a sus visitantes la posibilidad de optar por una sesión de masajes que combina el tailandés con reflexología ($ 15 la media hora). El fuerte de Paso del Toro son los asados (una parrilla para cuatro cuesta $ 56) y las pastas caseras. El precio promedio de una comida ronda entre $ 35 y $ 40, con bebidas, vino de la casa y postres. Sólo abre los fines de semana. Tel: 4728-0775 *www.pasodeltoro.com.ar*

Una alternativa para llegar a Paso del Toro es hacerlo en kayak desde el Club Regatas Hispano Argentino. Se trata de una excursión guiada que llega en dos horas al lugar, luego se almuerza sin apuro y se regresa de la misma manera. El precio es de $ 60 y la comida se paga aparte (más información en *www.mgkayak.com*)

DATOS UTILES

■ Ente Municipal de Turismo (Mitre 305, en la Estación Fluvial). Tel.: 4512-4497/98 Sitio web: *www.tigre.gov.ar*



Jardines con hortensias y variedad de plantas y árboles en la hostería sobre el tranquilo arroyo Antequera.



La lancha colectiva atraca en cada muelle donde bajan y suben pasajeros.

nal 12, anclada en 1912 en la boca del Sarmiento y el arroyo Abra Vieja. La escuela –hoy reconstruida en tierra firme– tenía amarraderas y salvavidas y para salir al recreo se cruzaba un puente hasta una isla.

Bastante poco ha cambiado la cotidianidad de Tigre desde sus primeros años. Y la relación amorlucha con el agua sigue sin resolverse. Algunos puentes son levadizos para que puedan pasar las "chatas" cargadas de materiales de construcción; los perros no se ladran de una vereda a la otra sino de orilla a orilla, sin poderse encontrar. El agua es el obstáculo natural que explica la sobrevivencia de la impronta natural de Tigre, tan viva como el delta mismo, que crece 90 metros por año agregando nuevas islas que acrecientan este mundo ensimismado, un refugio salvaje al borde de la gran ciudad.

El Delta del Paraná tiene tres secciones, cada una con su propio perfil. La primera pertenece al municipio de Tigre y es la más cercana a la estación fluvial, por lo tanto la más habitada por población estable y viajeros de fin de semana. Además está ahí la mayoría de los restaurantes y alojamientos. La Primera Sección llega hasta el río Paraná de las Palmas, y a partir de allí –en la Segunda, perteneciente a San Fernando– viven los isleños en su mundo, dedicados a la producción maderera.

Una zona interesante para comenzar a conocer el Tigre de la Primera Sección es la llamada Tres Bocas, donde se juntan los ríos Sarmiento, Capitán y San Antonio. Es muy poblada, con casas una al lado de la otra, rodeadas de jardines en un ambiente que no pierde la tranquilidad esencial de Tigre. Al salir a caminar por la zona se observa lo más variado de la arquitectura isleña y sus jardines. Siguiendo el sendero Camino del Biguá, que se interna en la isla bordeando el arroyo Santa Rosa hasta desembocar en el río San Antonio, se cruzan puentecitos y se puede llegar a ver algún biguá, pájaros carpinteros y horneros.

En realidad, cada uno de los arroyos, ríos y canales del Delta tiene su propio encanto. Sólo basta con elegir el itinerario y abordar en el embarcadero de Tigre la lancha colectiva que lleva a sus pasajeros por los meandros de ese maravilloso mundo acuático.

EN EL PASEO VICTORICA

Desde hace unos años se está consolidando en el llamado Tigre continental una nueva modalidad de alojamiento en casas de familia, al estilo de los Bed and Breakfast tan populares en Europa. El B&B La Ruchi está ubicado sobre la costanera del río Tigre, enfrente del embarcadero de las lanchas colectivas, en una señorial residencia de 1892. En total hay cuatro habitaciones dobles y triples (se comparte un baño por cada dos habitaciones), con balcón frente al río o a un jardín trasero con pileta. La principal ventaja de alojarse allí es que uno se encuentra en un lugar clave para hacer paseos en el día a las islas, ir al Puerto de Frutos sin apuro, al Parque de la Costa o visitar el nuevo Museo de Arte Tigre. Claro que no todo es salir, sino también descansar en la pileta, aprovechar para hacer un asado en la parrilla bajo un quincho o pedir comida por delivery. La habitación doble con desayuno cuesta $ 150. Tel.: 4749-2499. Dirección: Lavalle 557. *www.casonalaruchi.com.ar*

Pasando la Prefectura, la calle Lavalle se convierte en el Paseo Victorica, donde se continúa la hermosa costanera. Este paseo parquizado con elegantes glorietas combina con la estampa señorial de los edificios de los viejos clubes de remo. El Paseo Victorica tiene unas ocho cuadras y concentra alrededor de 15 restaurantes, entre ellos el Il Novo María Luján, reinaugurado hace dos años. Su especialidad son las pastas artesanales y los mariscos estilo mediterráneo. Allí se puede comer al aire libre sobre una terraza de madera casi sobre el río, o en el interior con paredes de vidrio para observar el ir y venir de las lanchas del puerto. Un plato muy recomendable es el raviolón de salmón ahumado con salsa de camarón, queso mascarpone y crema gírgola ($ 34). Otras alternativas son los raviolones de espinaca y queso parmesano ($ 25), el lingüini de espinaca al pesto genovés ($ 20) y el salmón grillé ($ 33). Para los postres se pueden pedir higos con nuez flambée y helado ($ 25) y natillas María Luján ($ 10). Il Novo María Luján queda en Paseo Victorica 611. Tel.: 4731-9613 *www.ilnovomariadellujan.com*



Un trekking de caserío en caserío para ir descubriendo el universo cultural y la impactante naturaleza del norte argentino.



Colorida variedad de papas y papitas en el mer



Abra del Cóndor, a 4000 metros sobre el nivel d

El norte argentino se hace más inabarcable cuanto más se lo conoce. En cada viaje que se emprende por la región se tiene la sensación de haber visitado una ínfima parte de todo lo que hay para conocer. Ni hablar si se trata de recovecos o lugares a los que sólo se puede llegar a pie. Como muestra, crónica de un trekking por antiquísimos senderos que conectan minúsculos caseríos entre sí.

NOROESTE *De Iruya a Nazareno*

Trekking por

TEXTO Y FOTOS:
MARIANA LAFONT

La travesía comienza en Iruya, pequeño y recóndito pueblo prendido de la ladera de la montaña a 2780 msnm. Si bien está ubicado en la provincia de Salta, para acceder a él es necesario hacerlo desde Humahuaca (provincia de Jujuy) y recorrer 73 kilómetros de un difícil y a la vez imperdible camino. Los colectivos que realizan el recorrido son viejos Mercedes Benz que solían transitar las caóticas pero planas calles de Buenos Aires y que ahora recorren los solitarios, ríspidos y altísimos caminos de la Puna.

El micro sube, da vueltas y sigue ascendiendo hasta llegar a un desvío que conduce a Iturbe –última población jujeña y que alguna vez tuvo estación de tren– desde donde se debe remontar el cauce de un río seco hasta trepar los 4000 msnm y llegar al Abra del Cóndor, límite entre Salta y Jujuy. De allí hasta Iruya son sólo 19 kilómetros; sin embargo, son arduos y los más difíciles para cualquier conductor ya que el camino avanza en una empinada y zigzagueante bajada de 1200 metros. El viaje dura tres horas pero el desfile de paisajes y colores de la Quebrada de Humahuaca parece no tener fin.

SUSPENDIDO EN LA MONTAÑA Al llegar a Iruya, la primera impresión que se tiene es la de estar frente a un pueblo suspendido en las nubes y colgado de la montaña. Pero a medida que uno se aproxima se empieza a vislumbrar una fortificación natural ya que el poblado está cercado por los ríos Coranzulí (o Iruya) y Milmahuasi. Y es en verano –durante la época de lluvias– cuando Iruya se transforma en una isla debido a la gran crecida de los ríos.

No bien se desciende del colectivo, una edificación capta inmediatamente la mirada y si bien su arquitectura es simple, el impacto es grande. Se trata de uno de los símbolos de Iruya: la iglesia de San Roque y Nuestra Señora del Rosario, casi tan antigua como el pueblo mismo. El templo fue fundado hacia 1753 pero a lo largo del tiempo sufrió grandes cambios y muchos de sus rasgos típicos de época se fueron perdiendo.

Paso a paso cruzando arroyos entre las impactantes montañas del norte argentino.



rcado de Nazareno, en el límite con Bolivia.



del mar, en el límite entre Salta y Jujuy.



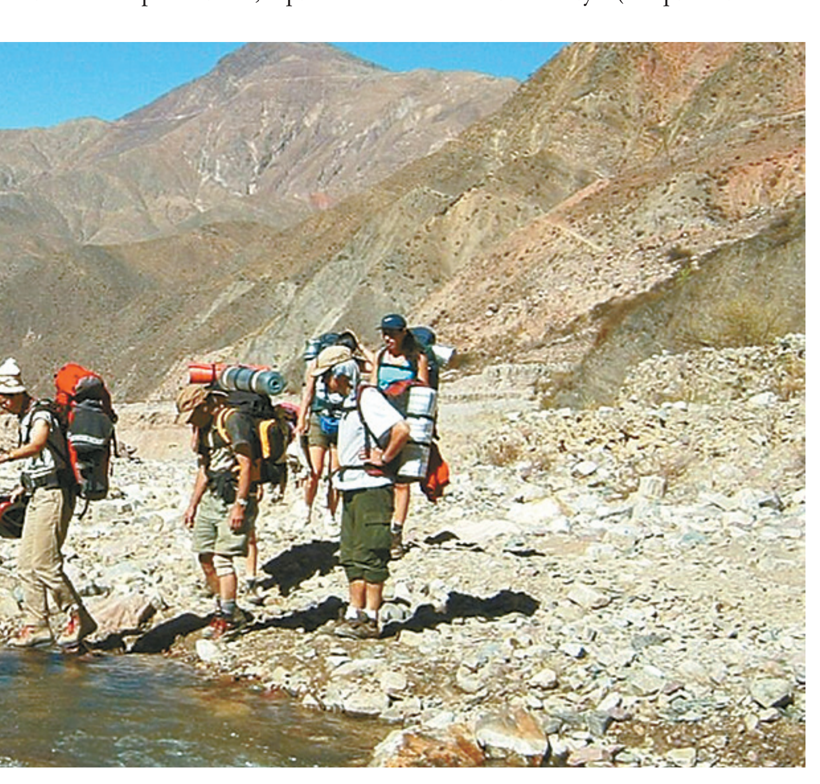
Legado incaico. En los alrededores de Iruya, terrazas de cultivo en las laderas de los cerros.

los cerros

En cambio, en el pueblo se ha conservado casi intacto el trazado original –con sus estrechas, empedradas y extremadamente empinadas callejuelas– y se han mantenido sus inconfundibles casas de adobe con techos de paja y piedras. Y es justamente la paja brava la que ha dado el nombre a este lugar. Según cuentan los pobladores, aquí solía crecer abundante paja y para indicar en quechua el lugar se utilizaba el vocablo "iruyoc" que significa "lugar de los pastos altos".

CULTIVOS COLGANTES Y LEGADO INCAICO Tanto Iruya como sus alrededores llegaron a formar parte del vasto Imperio Inca o Tahuantinsuyo (en quechua: "las cuatro regiones") que estaba integrado por cuatro suyos o territorios. El Kollasuyo, el más grande de los cuatro, se encontraba en el extremo sur y se extendía desde el sur de Cuzco hasta el sur de la actual Santiago de Chile, y desde las costas del Pacífico hasta los llanos de Santiago del Estero en Argentina.

Hoy en día es posible contemplar la manera en que los Kollas, como buenos descendientes de los antiguos habitantes de esa parte del imperio, trabajan la tierra y han desarrollado técnicas de agricultura excepcionales. Salta a la vista cuando se contemplan las terrazas de cultivo que se encuentran en los alrededores de Iruya. Fabricadas con paradores de piedras y ubicadas en las laderas de las montañas, cuentan con un completo sistema de irrigación por canales. A lo lejos se pueden contemplar las prolijas laderas de las montañas como si hubieran sido talladas por la mano de un genio escultor. Sin embargo, también es cierto que, a pesar de poseer tan antigua y valiosa tradición, los Kollas actualmente son un grupo marginal y muchas veces han tenido que dejar sus campos y, por ende, abandonar sus terrazas a los efectos del deterioro y la erosión (esta problemática está muy bien retratada en el documental *Río Arriba*, de Ulises de la Orden).



¡ANDANDO! Al llegar a Iruya con la idea de permanecer varios días para conocer lugares más inaccesibles es imprescindible hacer a un lado cualquier medio de locomoción que no sea tracción a sangre. En los alrededores del pueblo es posible realizar caminatas donde los únicos compañeros serán sus pies, el silencio y mucha paz. Si se va un poco más lejos, a 9 kilómetros se encuentran las ruinas de Titiconte, un pueblo precolombino de construcciones semisubterráneas. Es conveniente ir con cuidado ya que en el camino hay desfiladeros y pendientes abruptas. Para quienes están más preparados y le pueden exigir más a su cuerpo es altamente recomendable realizar un trekking de cuatro días hasta Nazareno. Para ello es indispensable ir con un baqueano o bien con algún operador turístico que realice este tipo de travesías.

A medida que la marcha avanza, y mientras los cerros y los colores se transforman, los pensamientos fluyen y se zambullen en la inmensidad circundante. Por breves instantes, la abstracción es absoluta, casi irreal pero el entorno continúa seduciendo. Finalmente, la conexión es ineludible y total. En esos momentos la presencia de la Pachamama –Madre Tierra– se siente, simplemente está.

Entre tanto, los caminantes –locales y forasteros– deambulan de un caserío a otro mientras le brindan tributo a su deidad en cada apache-

>>>



Iruya. En la primera mirada, parece un pueblo suspendido en las nubes y colgado de la montaña.

>>>

ta, un montículo de piedras, a manera de altar, erigido en honor a la Madre Tierra. La tradición indica que, luego de dejar las ofrendas, se deben hacer los pedidos para tener salud y apartar posibles desgracias del camino. En general, al ver una apacheta, es común parar a descansar y tomar un poco de agua y, en ese caso, antes de beber se vierte un poco al suelo a modo de ofrenda a la Pachamama.

TRAS LOS PASOS DEL MARQUES El itinerario es arduo y largo y requiere entre seis u ocho horas de caminata por día. La primera parada es en Chiyayoc y, como es usual en caseríos de este tipo, la escuela funciona como albergue para pasar la noche.

En los cuatro días de travesía se atraviesan Rodio, Rodeo Colorado y Abra del Sauce, todos ellos “rodeos”. Este término, utilizado por los locales, indica aquellos caseríos dispersos en los cerros que básicamente están constituidos por un conjunto de casas –en algunos casos no más de dos o tres– y una escuela primaria. La característica común de los rodeos es que sus habitantes están emparentados.

Todas estas tierras aisladas y sutilmente pobladas por ínfimos caseríos que parecen brotar de la tierra, formaban parte de lo que tiempo atrás fue el marquesado de Yavi, ciudad donde se encuentra el palacio de principios de 1600 que vale la pena visitar, a 30 kilómetros de La Quiaca. El marquesado era un importante territorio dentro del Virreinato del Río de la Plata que se extendía por diversos municipios de la actual Bolivia y abarcaba toda la Puna argentina. El último marquesado perteneció a la familia Fernández Campero y duró de 1708 a 1820, luego de haber fallecido el cuarto marqués, Juan José Fernández Campero. Sin embargo, el título ya había desaparecido previamente como resultado de las disposiciones de la Asamblea de 1813, que puso fin a los privilegios nobiliarios y feudales. El último marqués, que se había sumado a las tropas libertarias de su pariente Martín Miguel de Güemes, fue derrotado y hecho prisionero por el ejército realista en la batalla de Yavi el 15 de noviembre de 1816.

CAMINO A NAZARENO Luego de haber atravesado minúsculos asentamientos humanos durante varios días, la primera impresión al arribar a Nazareno es la de sentirse “de regreso a la civilización” ya que se vuelven a ver automóviles. Y es justamente en ese momento cuando se puede apreciar lo “alejado del mundo” que se ha llegado a estar.

Nazareno está ubicado en el extremo norte de la provincia de Salta, limitando con Bolivia. Y si bien es una población más grande, el silencio, afortunadamente, continúa imperando.

Al emprender el regreso hacia La Quiaca, el camino se vuelve cada vez más árido e inhóspito debido a las grandes alturas que el vehículo debe trepar. La ruta es precaria pero el paisaje, magnífico e imponente, lo vale. Sin embargo, el clímax llega cuando se atraviesa el cerro Fundición a 5050 msnm y se sienten las intensas y heladas ráfagas de viento.

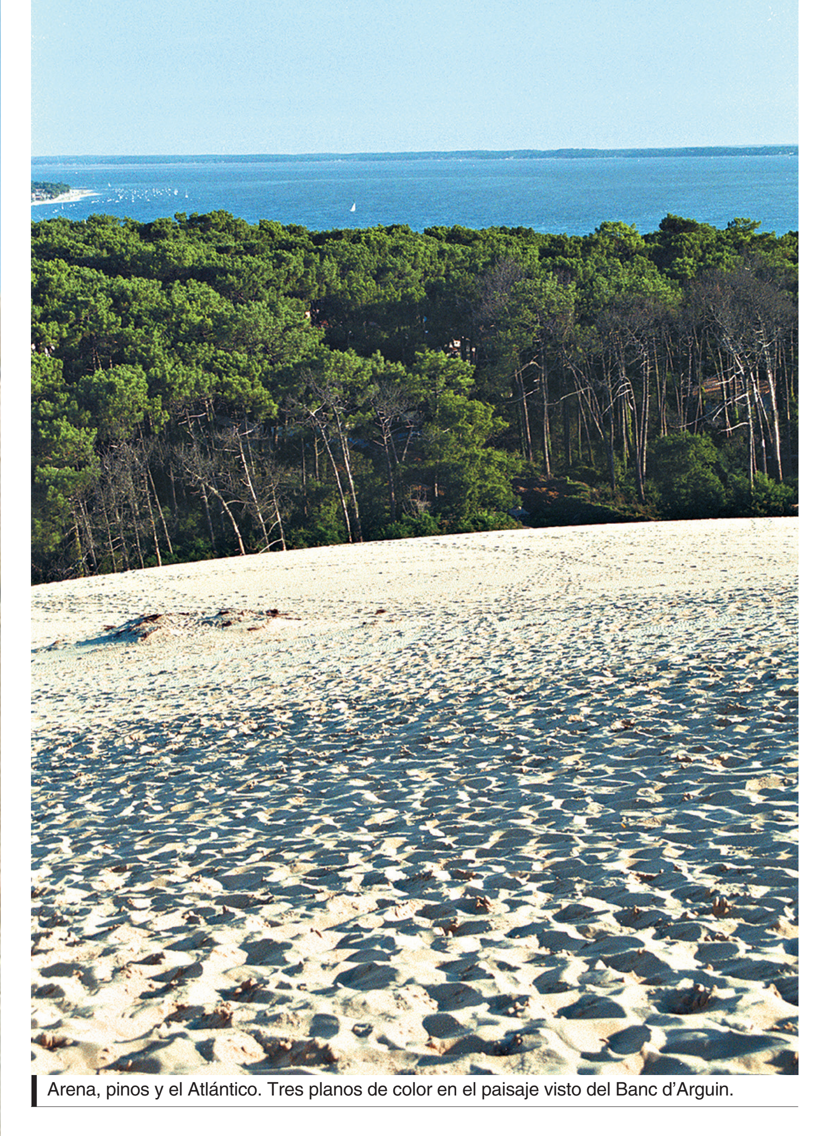
Luego de tres horas de viaje se arriba a la ciudad límite con Bolivia. Como en toda ciudad fronteriza el movimiento es constante, algo a lo que uno se ha desacostumbrado después de tantos días de aislamiento. Sin embargo, también es interesante observar la extraña mezcla de gente que se da cita allí. Aunque la ciudad no es tan pintoresca como los pueblitos de la Quebrada de Humahuaca vale la pena recorrer su mercado y apreciar la enorme y colorida variedad de choclos y papas, tan característicos de la cultura andina. Por último, antes de subir al micro, y si se es lo suficientemente valiente, no deje de probar algún picante de pollo recién hecho. No se arrepentirá.

DATOS UTILES

■ **Cómo llegar:** De Humahuaca a Iruya son 73 km y el camino es complicado, especialmente en verano (época de lluvias). Transportes Mendoza realiza el recorrido. Parte a las 10.15 y regresa a Humahuaca a las 18.30. El viaje dura 3 horas y cuesta $ 16 (ida y vuelta).

■ **Cuándo ir:** De junio a octubre es la época ideal por el excelente clima. En verano, y si va en coche, se deben tomar algunas precauciones ya que el acceso puede resultar dificultoso.

■ **Excursiones de trekking:** Grupo Fugate (http://*www.grupofugate.com/*)



Arena, pinos y el Atlántico. Tres planos de color en el paisaje visto del Banc d'Arguin.

TEXTO Y FOTOS DE GRACIELA CUTULI

FRANCIA

La

La Duna del Pilat es una solitaria montaña de arena que se levanta, curiosamente, sobre una de las costas más rectilíneas y llanas del Atlántico europeo. La elegante estación balnearia de Arcachon, muy cerca, es el lugar ideal desde donde organizar una excursión a este inédito lugar.

Desde Bordeaux hasta los Pirineos y España, la costa atlántica francesa es una sola línea recta, como dibujada por un dios apurado y cubista. Durante kilómetros y kilómetros, desde el Médoc y sus vinos hasta el País Vasco y Biarritz, donde aparecen las primeras rocas, la costa es una sola playa de arenas finas y olas gruesas. Es el paraíso de los surfers, mientras las familias se refugian más bien en los estanques de aguas saladas o dulces que bordean la costa, a escasos kilómetros hacia el interior. Son los lagos de Soustons, Hourtin y Lacanau, entre otros, que forman como una contracosta, en medio del inmenso bosque de pinos que cubre toda esta región, desde los viñedos de Bordeaux hasta las colinas del Béarn y del País Vasco.

DUNAS E ISLAS DE ARENAS Sin embargo, uno de estos lagos se abrió –o nunca se cerró– y forma una zona de invasión marina en medio del bosque. Es el Bassin de Arcachon, una bahía casi cerrada, de aguas tranquilas, dedicada al

DATOS UTILES

Para llegar a Arcachon: Por autopista desde Burdeos (A 63, dirección Bayonne y San Sebastián, salida Arcachon). Hay también trenes y micros desde Burdeos. Arcachon concentra la mayoría de los hoteles y de los servicios, pero también vale la pena chequear hoteles en Le Moulleau (pequeño puerto lindero de Arcachon) o directamente en Pyla sur Mer y Pilat Plage.

La Oficina de Turismo de Arcachon concentra y da información sobre todas las estaciones balnearias del Bassin y puede efectuar reservas de hoteles: teléfono: 05-57-52-97-97. La Oficina se encuentra en la Explanada Pompidou. Dirección: BP 137, F-33311 Arcachon.

Además de la duna, se pueden visitar los puertos de ostricultura del Bassin, ir hasta el Banc d'Arguin, hacer paseos en barcos por la bahía, visitar el zoo de Gujan Mestras, subir hasta la cima del Faro de Cap–Ferret y escalar la Duna. Hay muchas otras propuestas, generalmente factibles todo el año, ya que Arcachon goza de un clima agradable también en otoño y en primavera.

En Internet: *www.littoral33.com*, *www.pyla-sur-mer.com, www.arcachon.com, www.ville-arcachon.fr y www.bassin-arcachon.fr*



Una imagen del Sahara, en la cumbre de la duna.



Escalera a la cima de la duna y, en el horizonte, el mar de pinos de la selva de las Landás.

En el Atlántico europeo

montaña de arena

cultivo de ostras y bordeada por un balneario de renombre. Arcachon es una playa muy bonita donde las elites de Burdeos, las del comercio con las colonias y las del vino, venían a disfrutar sus ratos libres. Con el tiempo, la estación creció y floreció en toda una franja de suburbios a lo largo de la costa. Uno de ellos es Pyla sur Mer, situado en el lugar donde la bahía toma contacto con el mar. Es una zona de curiosidades geográficas. La boca de la bahía provocó la formación de un banco de arena movedizo, una isla fantasma que aparece y desaparece según las mareas y que sirve de refugio a nutridas colonias de aves. El mismo fenómeno es observado sobre la costa de Mauritania, en Africa Occidental, y las aves migratorias van y vienen de un banco de arena a otro, al ritmo de las temporadas. Ambos comparten las mismas características, las mismas aves. Será por eso que se los llama de la misma forma: Banc d'Arguin (el africano, sin embargo, fue causa del naufragio del Medusa, un barco que pasó a la fama gracias a la obra de Delacroix, que recreó el episodio).

Además de este banco de arenas, la costa sur de la bahía está dominada por una enorme masa de arena, una gigantesca duna solitaria, como escapada del Sahara y perdida sobre la costa francesa. Es la Dune du Pilat. Mide casi tres kilómetros de largo, medio kilómetro de ancho y culmina a más de 110 metros de altura. Estas medidas le valen el título de "duna más importante de Europa". A la hora del turismo masivo, es una calificación que vale oro y los turistas la visitan de a miles cada verano. Para muchos, la duna es una especie de bautismo de arena, una sensación de desierto a minutos de las confortables infraestructuras de Arcachon, una foto sorprendente para el álbum de vacaciones.

PANORAMAS DESDE LA CIMA Se puede trepar hasta la cima de la duna por una escalera de madera, contando los escalones y evitando las horas del mediodía para no asarse en el intento, bajo un crudo sol reverberado por los minúsculos cristales de arena. Se puede optar también por una ascensión con mayores sensaciones, trepando desde otros puntos (por ejemplo los terrenos de camping que están a sus pies) y hundiéndose en las arenas finas y movedizas de las laderas de la duna. La cumbre está generalmente muy concurrida junto a la escalera y casi desierta en otros puntos. Es la recompensa para los más atrevidos. Es también una porción mayor de Sahara para llevarse como recuerdo o como fotografía... Desde la cumbre, se puede caminar por la cresta, o bajar hacia la playa, sabiendo que lo que fue bajado deberá ser remontado en algún momento.

Otra opción es utilizar la duna como observatorio. Por las mañanas, se puede ver el sol levantarse sobre los inmensos bosques de pinos de las Landas. Por las tardes, el sol se hunde en el mar dejando poco a poco la oscuridad subir, como una nube sombría, desde el pie hasta la cumbre de la duna. El Banc d'Arguin, que se puede ver desde la duna, con sus miles de aves, desaparece en las olas negras de la noche. Los últimos rojos del cielo se transforman en carmines y en negros. Es tiempo de bajar al auto, estacionado al pie de la duna, al lado del pequeño mercado de puestitos de madera que tratan de tentar una última vez por el día al turista con comidas, helados, remeras, recuerdos y postales.

Los vientos de la noche, que vienen del mar, borrarán las huellas de los turistas. A la mañana siguiente, los más valientes ascenderán una duna virgen, otra vez, la ilusión de un pedazo de desierto, cómodamente ubicado a metros de las playas más refinadas de la costa gascona.

ARCACHON, LA ELEGANTE
Las "playas de exportación" de Francia, las más renombradas fronteras afuera, son las del Mediterráneo, con la Costa Azul a la cabeza y, en menor medida, las del norte, en Normandía. El Atlántico, sin embargo, reserva lugares menos conocidos pero imperdibles, como Arcachon, una estación balnearia que nació a mediados del siglo XIX y aún conserva toda la elegancia de sus "villas" Segundo Imperio, en el corazón de una ciudad que se trazó como un jardín urbano y centro de salud al mismo tiempo. Arcachon nació gracias a la operación inmobiliaria de los banqueros Emile e Isaac Pereire, pero rápidamente atrajo al mundo elegante y fue consagrada definitivamente con la llegada de Napoleón III, que la ascendió a la categoría de destino aristocrático.

Como en tiempos de la Belle Epoque, cuando se pusieron de moda los baños de mar, carpas azules y blancas se levantan sobre la playa, y junto a la costa, bajo el refugio de amplias sombrillas, los turistas se concentran en las terrazas de los cafés en cuanto empieza a caer el sol. La costanera es conocida como la "Croisette del Atlántico", en referencia a la avenida de Cannes donde se concentran cada año las estrellas de cine de medio mundo. Y en verdad que Arcachon, con sus boutiques elegantes, sus calles peatonales, el mercado y los cafés no tiene nada que envidiarle a su colega mediterránea. No hay que olvidar que éste es uno de los lugares favoritos de la cercana aristocracia del vino, porque está cerca de la región cuyos viñedos producen los célebres vinos de Burdeos franceses. Fuera del balneario, enmarcado por los pinos de las vecinas Landas, hay otras playas pequeñas y atractivas, que invitan a unas vacaciones chic pero discretas al borde de un Atlántico sorprendentemente azul. ✹


Una de las caras laterales del insólito edificio de 21 pisos.


El “frente” del Flatiron Building sólo tiene dos metros de ancho.

NUEVA YORK *Edificios y parques*

El sueño de un arquitecto

POR LEONARDO LARINI

La postal se repite cada día del año: en una pequeña plazoleta de cemento, tirados sobre el piso, boca arriba, turistas de toda procedencia apuntan sus cámaras a lo alto con el fin de fotografiar el inmenso, elegante y extraño edificio que tienen enfrente. Es que ésa es la única manera de abarcar al Flatiron Building que, debido a sus inusuales perfiles y a su altura, obliga a un ‘cuerpo a tierra’ invertido que ya forma parte del clásico paisaje de la zona.

Si bien el Empire State y las Twin Towers –y hasta el Chrysler Building– adquirieron la irreprochable categoría de iconos por excelencia de Nueva York, es el Flatiron el que ocupa el sutil lugar de la singularidad. Lejos de ser una gigante y moderna mole de cemento, su original y delicada forma le brinda un aura de encantador refinamiento.

Ubicado en un terreno triangular formado por la intersección de la 5ª Avenida y Broadway, que se unen en diagonal con la calle 23, fue construido en 1902. Su diseño estuvo a cargo del arquitecto Daniel Hudson Burnham, quien realizó el trabajo influido por las tendencias arquitectónicas que se presentaron en 1893 en la World’s Columbian Exposition de Chicago. Con 21 pisos y 87 metros de altura, se convirtió entonces en el edificio más alto del mundo. El asombro de los neoyorquinos de esa época fue tal que temían seriamente que se cayera; incluso fueron famosas las apuestas que se llevaron a cabo para acertar el mes y el año de su derrumbe.

FINA ESTAMPA En sus orígenes, el edificio fue sede de la Fuller Construction Company, y de ahí que se lo llamara Fuller Building. Pero fue su forma tan singular –similar a la de las planchas de la época– lo que designó su nombre actual: Flatiron (en inglés la unión de las palabras *flat* y *iron* se refiere a ese electrodoméstico). Su construcción triangular, con un “frente” de sólo dos metros de ancho, combinó las técnicas más modernas del momento. La aristocrática fachada es de estilo renacentista francés e italiano, con elementos del neogótico, en tanto las decoraciones externas incluyen esculturas de flores y rostros griegos.

Su estructura y emplazamiento también fue famosa por la indiscreta costumbre que generó el efecto túnel con el viento. Desde esa esquina y hasta unas calles más arriba, el viento soplaba con la vivacidad suficiente como para levantar los largos vestidos femeninos de la época, dejando así los tobillos al descubierto. En aquellos tiempos, esa “desnudez” incitaba a los hombres a instalarse en las veredas aledañas para observar el espectáculo. Y ante ese atrevimiento, algunos *voyeurs* llegaron a ser detenidos por la policía.

Lamentablemente, los interiores del Flatiron Building sólo albergan oficinas de bancos y empresas internacionales, y no pueden ser visitados. Pero en la zona hay muchos otros atractivos para conocer, que a la vez sirven para contemplar una y mil veces más el exquisito frente triangular desde diferentes ángulos.

ALREDEDOR DE LA PLANCHA Actualmente, gracias a la reestructuración del Madison Square Park (MSP) realizada en 2001, la zona –que lleva ese mismo nombre– ha revivido notoriamente y se ha poblado de negocios y tiendas de todo tipo. El parque ocupa 24 mil metros cuadrados y está situado entre Madison Avenue, la calle 23, la 5ª Avenida y una sección oblicua de Broadway, en diagonal al Flatiron. Hacia el extremo este se encuentra la Metropolitan Life Insurance Company Tower, construida en 1909, otro edificio digno de ser apreciado un largo rato. Administrado por el Departamento de Parques y Recreación de Nueva York, es un verdadero oasis verde ideal para el descanso, la pausa laboral y las escalas de los turistas, que generalmente optan por relajarse en el Shake Shack, un popular restaurante con mesas al aire libre. Allí, mientras se saborean platos tradicionales, es posible disfrutar de una maravillosa vista de las construcciones vecinas, que fueron restauradas en su totalidad en 2006.

Y eso no es todo; el Conservatorio del MSP presenta anualmente dos series de conciertos gratuitos: los sábados a la tarde folk y blues y

Ubicado en un terreno triangular formado por la intersección de la 5ª Avenida y Broadway con la calle 23, el Flatiron Building fue construido en 1902 con un diseño tan singular como las dimensiones del lote que ocupó. Aunque ya no es el más alto ni el más imponente de los rascacielos, es considerado también un edificio emblemático de la arquitectura neoyorquina.

los miércoles al atardecer una variada gama de géneros musicales.

Por su parte, la Fundación Greenacre del parque se encarga de que su fisonomía luzca espléndida durante las primaveras, cuando florecen los 12.500 tulipanes de diferentes clases acompañados por más de 3000 pensamientos, jacintos, narcisos y otras tantas flores, árboles y plantas. Entre el 9 y el 11 de mayo se realizará una nueva edición de la Spring Plant Sale, una enorme feria de jardines floridos.

En el Madison Square Park también se organizan innumerables actividades culturales, que incluyen exhibiciones de arte al aire libre. Este año la serie comenzó a fines de febrero con las esculturas de Ursula von Rydingsvard y continuará el 21 de marzo con la muestra de Bill Fontana, en mayo con la de Roxy Paine y en septiembre con la de William Wegman. Otra propuesta son los ciclos de lectura gratuitos que comenzarán a mediados de junio y convocan a reconocidos autores.

PARQUES Y HOTELES FAMOSOS Es conveniente continuar el recorrido por Gramercy, la zona vecina al Madison Square Park, situada entre la calle 14, la 5ª Avenida, la calle 30 y Broadway. Se trata de una de las áreas más tranquilas de la ciudad, en la que viven muchos músicos y actores, entre ellos Julia Roberts. También se caracteriza por sus excelentes restaurantes, como la Gramercy Tavern, que el visitante –si puede– no debe obviar. Aquí se encuentra el tradicional Gramercy Park Hotel, en el 2 de Lexington Avenue, entre las calles 22 y 23. Inaugurado en 1925, representa el esplendor de la dorada década del ‘20, que puede ser revivida en el bar, cóctel mediante. En este hotel se casó Humphrey Bogart en 1926. Bajando unas cuadras hacia el sur, se encuentra el Union Square Park, famoso por ser histórica y actualmente el lugar elegido para eventos políticos, desfiles, protestas y celebraciones oficiales. Inspirado en las plazas residenciales de Londres, abrió al público en 1839 y en 1997 fue designado Lugar Histórico Nacional. En sus proximidades hay numerosas salas de lectura, teatros, auditorios y restaurantes. Su ubicación es estratégica, ya que confluyen en el parque todas las líneas de subte de la ciudad. Como nota de color cabe agregar que los martes, miércoles y viernes se realiza la famosa Union Square Greenmarket, una enorme feria con más mil variedades de frutas y hortalizas comercializadas por pequeños productores de las cercanías de La Gran Manzana.

Finalmente, para cerrar el paseo, nada mejor que regresar hacia el Flatiron y desde allí caminar sólo tres cuadras hasta el mítico Chelsea Hotel, en el 222 de la calle 23, entre las avenidas 8ª y 9ª. Con su típica fachada de ladrillo rojo, fue construido en 1884 y funciona como hotel desde 1905. Fue y sigue siendo el preferido por artistas y bohemios, que encontraron allí el sitio ideal para vivir y desarrollar sus artes. Apenas se ingresa al lobby –adornado con pinturas y esculturas de los huéspedes– ya se respira el aire artístico que le brindaron desde sus comienzos sus clientes más famosos. Uno de los primeros fue Mark Twain. Luego se agregaron a la extensa lista otros escritores y poetas como Tennesse Williams, Arthur Miller, Thomas Wolfe, Allen Ginsberg, Gregory Corso, Dylan Thomas, Vladimir Nabokov y William Burroughs; músicos como Bob Dylan, Lou Reed, Janis Joplin, Leonard Cohen y Syd Vicious, y artistas como Edith Piaf, el fotógrafo Robert Mapplethorpe y Andy Warhol. En el frente del edificio varias placas de bronce recuerdan con orgullo la estadía de sus célebres huéspedes.

Y después del Chelsea Hotel, una última mirada al centenario Flatiron, bronceado suavemente por el atardecer, tal como irrumpió en el paisaje urbano neoyorquino en los primeros años del siglo XX.